



Reciente premio Llibres Anagrama de Novel·la por 'Les possessions', Lucía Ramis relata su experiencia en Sant Jordi como lectora, como periodista y como escritora

El día más bonito del año

LLUCIA RAMIS

Las multitudes me angustian. Mi corazón late muy rápido, y las posibilidades improbables de lo que podría ocurrir –lo que, por estadística, no ocurrirá– me taladran la cabeza, que va inventando futuros apocalípticos mientras la gente mira, sin tocar mucho, los libros expuestos. “¿Qué te parece?”, pregunta él. Contesto que es impresionante, mientras bajamos la Rambla a empujones. La alegría de las hojas

de los plátanos y los pétalos rojos estalla entre el gentío. Es mi primer Sant Jordi en Barcelona. Hoy cumpla diecinueve años. En Palma esta fiesta no tiene nada que ver: un intento en la plaza Mayor con cuatro o cinco tenderetes frente a los que se detienen brevemente los que pasaban por delante, y poco más. Casi nadie va a propósito. Hace unos meses que salté el Mediterráneo para estudiar Periodismo, y ya sé que me quedaré a vivir aquí.

Lucía Ramis en el 2008 firmando libros en su primer Sant Jordi como autora. FOTO ARCHIVO

Sant Jordi es una cura de humildad, acabas conociendo a los lectores que hacen cola a la espera de la firma del autor de al lado

Él compra una rosa para mí, y yo le regalo un *Kamasutra* en miniatura. No estamos enamorados. Simplemente me lo enseña todo, de la vida que estremo, la de ser mayor de edad.

No todo el mundo puede decir que el día más importante de su vida fue un Sant Jordi porque nació. Otros, con nombres en mayúsculas en el mundo de la literatura, murieron este día. Cuando cumpla veinte años, una amiga trae *magic mushrooms* de Amsterdam para celebrarlo. Tras probarlos en un bar de Gràcia que ya no existe, nos pasamos la noche caminando por la ciudad. Una baila con el hombrecillo verde de los semáforos, que se enciende y se apaga, otra grita: “¡No me entendéis! ¡Sois incapaces de sentir lo que siento!”, y habla con los árboles, los abraza, pobres, tener que aguantar el humo de los coches. Sobre las seis de la mañana, mientras esperamos a que abran una pastelería para desayunar, derrotadas en un banco de Rambla Catalunya, la que hablaba con los árboles pregunta: “¿Habéis visto *La costa de los mosquitos*?”. Lo dice porque, a la altura de Diagonal, nos parece ver un gran bloque de hielo. Será una alucinación, efecto aún de las setas. Nos acercamos corriendo. Es más alto que nosotras. Metemos

las manos en unos agujeros que hay, una se encarama al bloque y se sienta, congelándose el culo. Acabamos empapadas y resfriadas. Luego descubriremos que son los restos de una instalación en la que había rosas que la gente ha ido arrancando.

Y dentro de once años, cuando cumpla treinta y uno, estaré aquí mismo, después de huir de un taxi del que habré saltado al detenerse en un semáforo, consciente de lo que pasaría si me quedaba con el chico que se ha ofrecido a acompañarme. Pronto amanecerá. Hemos sido los últimos en salir de la fiesta de Planeta, que ya es un clásico, en la Sala B del Luz de Gas. Antes me he estrenado como autora y he conocido Sant Jordi desde una perspectiva nueva. Había cubierto la Diada varias veces, con aquella distancia un poco cínica de los periodistas. Nos pasamos meses preparando los suplementos que acabamos viendo esparcidos por el suelo o en las papeleras, junto a las rosas pisoteadas de la juventud. Intentamos escribir una crónica que no sea exactamente igual que las de siempre, y que sin embargo –desengañémonos– no leerá nadie. (¿Estás leyendo esto?).

Sant Jordi es una cura de humildad. No es cierto que da la oportunidad para que los autores conozcan a sus lectores. En realidad acabas conociendo a los lectores de los demás que, aburridos mientras hacen cola, hablan contigo, tal vez porque se compadecen de ti, al verte ahí sentada como un pasmarote sin firmar ni un ejemplar. En la camiseta me he bordado la frase: "En-via'l a comprar croissants!". Hace referencia a la estrategia para deshacerse de esos pesados que no se largan, cuando ya sobran en el colchón. Dices que preparas café, les

pides que bajen a buscar croissants, y cuando vuelven, no les abres. En mi primera novela publicada cuento que cumplir treinta años consiste en despertarse con un desconocido y pensar que ya no tienes edad para estas cosas. Por eso he saltado del taxi, de vuelta a casa, para evitar lo que me esperaba.

Por la mañana algunos amigos han venido a plaza Catalunya y me han hecho compañía. Uno me ha retratado, y por la foto sabré, cuando ya sea veterana, que aún no he aprendido dónde hay que escribir las dedicatorias: en la página donde están el título y el nombre del autor. Los novatos como yo las escribimos en la primera hoja, en blanco, lo que facilita la reventa del libro. Es más complicado arrancar la página en la que aparecen el título y el autor. Y si no la arrancan, la dedicatoria hará de ascua; desvelará quién le revendió el libro a algún librero del Mercat de Sant Antoni.

La cosa cambia cuando recibes un premio. No es que entonces firmes más ejemplares, sino que los editores te hacen ir arriba y abajo. A las once tienes que fingir que firmas en El Corte Inglés de Francesc Macià, a las doce, en la Fnac del Triangle, a la una, en paseo de Gràcia con Còrsega. Almuerzo en el hotel Condes de Barcelona, una copa en el Speakeasy. Al mediodía hace calor casi siempre, por la tarde llovizna. La puntualidad es un milagro, y te acostumbras a moverte entre esa misma multitud que tiempo atrás te angustiaba, sin mirar a nadie para no pararte a saludar. Justo lo contrario que cuando trabajas como cronista, que lo escuchas y analizas todo: las latas de cerveza a los pies de Mario Vazquez; los que no compran libros porque prefieren una *selfie* con Belén Esteban o Risto Mejide, que

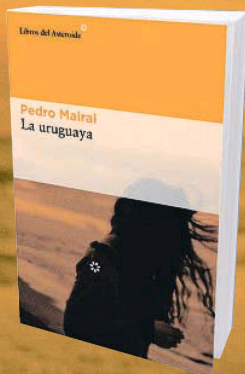


La autora en el Sant Jordi del 2010 con 'Egosurfing', con el que ganó el premio Josep Pla ANA JIMÉNEZ/ARCHIVO

igualmente encabezarán la lista de los más vendidos. Las colas más largas que he visto se extendían frente a Carlos Ruiz Zafón y una youtuber que publicó recetas para hacer magdalenas. Perdón, *muffins*.

Nunca olvidaré la vez que me sentaron junto a Jordi Pujol; firmaba sus *Memòries*. Creo que estábamos en la librería Ona, la cola era la misma para ambos, casi todo el mundo iba a verle a él. Estiro la mano por costumbre, pero la chica que esperaba su turno le dijo que venía por mí (era amiga de mis hermanos). Se quedó tan desconcertado que le dio la enhorabuena. Ella enarcó las cejas. "Por tu estado de buena esperanza", se explicó el president. Asustada, la joven, que llevaba un peto tejano, negó con la cabeza.

Desde el escepticismo del periodista o desde el orgullo tocado del autor; desde el agobio de la lectora que regala libros en cualquier ocasión menos en Sant Jordi; pero sobre todo con la felicidad de quien celebra su cumpleaños un día con el que me identifico (lleno de amor y de caos). He vivido cada 23 de abril rodeada de las personas con las que trabajo y me divierto, porque los libros son mi pasión. Emocionada, ilusionada, de fiesta en fiesta, brindando por todo hasta el agotamiento. Contradictoria, porque las multitudes me enervan y, si me gustara la vida social, no me habría dedicado a algo tan solitario como escribir. Harta mientras se acerca, porque genera un estrés insostenible. Resaca al día siguiente, inevitablemente. Lo odias cuando lo esperas y parece que no tenga que llegar nunca. Lo amas cuando lo recuerdas, el día más bonito del año. Cada vez más vieja o mayor. Es cursi, pero es así: el mejor regalo que podían hacerme. |



El fenómeno literario de la temporada

«Uno de los mejores escritores latinoamericanos.» Leila Guerriero

«La uruguayaya es ese tipo de libros que, una vez comenzados, es imposible soltar.» Guadalupe Nettel

«Una novela perfecta.» Edmundo Paz Soldán

«Un clásico de nuestro siglo.» Alberto Olmos

Libros del Asteroide 